

El doble de la capital

Nadie sospecha lo que se esconde tras un rostro conocido

NIVEL B2

Lectura graduada en español

Español (Latinoamérica)



Sobre este libro

Esta es una novela para estudiantes de español de nivel B2. Es un thriller político ambientado en San Cristóbal de los Andes, una república andina imaginaria donde la democracia es frágil y el poder cambia de manos en la sombra.

Daniela Fuentes, periodista de investigación, nota un pequeño detalle en el rostro del presidente que no encaja. Nadie le cree. Pero cuanto más investiga, más se convence de una verdad imposible: el hombre que gobierna el país no es quien dice ser. Descubrir quién está detrás, y por qué, la llevará al centro de una conspiración que podría costarle la vida.

Cada capítulo termina con un glosario en inglés y seis preguntas de comprensión. Las respuestas están al final del libro. El texto usa el sistema verbal completo, el subjuntivo, el estilo indirecto y un vocabulario rico del periodismo, la política y el poder. Es una lectura para pensar, dudar y no poder soltar la página.

Índice

1. El discurso	4
2. Pequeños detalles	14
3. El archivo	23
4. La fuente	32
5. La fotografía	41
6. El médico desaparecido	50
7. La coronel	59
8. La grieta	68
9. ¿Dónde está el presidente?	77
10. El vicepresidente	86
11. Traición	95
12. La verdad del doble	105
13. El plan	114
14. La emisión	123
15. Después	132
Respuestas	141

Capítulo 1

El discurso

Un detalle que no encaja

La noche en que todo empezó, Daniela Fuentes estaba a punto de apagar el televisor.

Llevaba diecisiete años cubriendo la política de San Cristóbal de los Andes, y hacía tiempo que los discursos presidenciales habían dejado de sorprenderla. Eran siempre iguales: promesas que nadie pensaba cumplir, cifras que nadie podía comprobar, palabras grandes y huecas repetidas con voz solemne. Aquella noche, sentada en el sofá de su pequeño departamento en el centro de la capital, con una taza de café frío en la mano, esperaba más de lo mismo.

El presidente Armando Vidal apareció en la pantalla, de pie tras el atril del Palacio de Gobierno, con la bandera del país a sus espaldas. Vestía el traje azul oscuro de siempre. Sonreía con la sonrisa de siempre. Empezó a hablar del futuro, de la unidad nacional, de los sacrificios necesarios. Daniela suspiró y buscó el control remoto entre los cojines.

Fue entonces cuando lo vio.

El presidente levantó la mano derecha para enfatizar una frase, como hacía siempre. Pero esta vez, algo en el gesto la detuvo. Vidal tomó el vaso de agua que estaba sobre el atril, bebió un sorbo y lo dejó de nuevo en su lugar. Lo hizo con la mano izquierda.

Daniela se quedó inmóvil, con el control remoto a medio camino.

Armando Vidal era diestro. Lo sabía con la certeza de quien lo había observado durante años, en cientos de actos públicos, ruedas

de prensa y ceremonias. Firmaba con la derecha. Saludaba con la derecha. Sostenía el micrófono con la derecha. Había una fotografía famosa, de la campaña de hacía seis años, en la que aparecía escribiendo una carta a mano, con la pluma firmemente sujeta en su mano derecha. Esa imagen había salido en todos los periódicos.

Y sin embargo, el hombre de la pantalla acababa de beber con la izquierda.

Daniela se enderezó en el sofá. Rebobinó el momento en su cabeza, tratando de convencerse de que se había equivocado. Quizás fue un gesto casual. Quizás tenía la mano derecha ocupada. Quizás, simplemente, se había distraído. La gente usa las dos manos todo el tiempo, se dijo. No significa nada.

Pero ella no era una espectadora cualquiera, y lo sabía. A lo largo de su carrera había aprendido a observar a los poderosos con la paciencia de un cazador. Había empezado joven, como reportera de sucesos, cubriendo crímenes en los barrios pobres de la capital. Con los años había ascendido hasta la sección política de La Brújula, uno de los pocos periódicos que todavía se atrevía a criticar al gobierno. No era un trabajo cómodo. Había recibido amenazas, había visto cómo cerraban medios rivales por presiones económicas, había perdido amigos que prefirieron el silencio y los sobres llenos de dinero. Ella se había quedado, testaruda, porque creía en una idea pasada de moda: que el periodismo servía para vigilar al poder, no para adularlo.

Ese oficio le había enseñado a desconfiar de las apariencias. Los políticos eran actores profesionales; su trabajo consistía en parecer, más que en ser. Y para descubrir la verdad detrás de la máscara, había que fijarse en los detalles pequeños, en los gestos

involuntarios, en las palabras que se escapaban. Un ministro que se toca la corbata cuando miente. Un general que evita mirar a los ojos cuando niega una masacre. Un presidente que, de repente, bebe con la mano equivocada.

Pero su instinto, ese instinto que diecisiete años de periodismo habían afilado como un cuchillo, le decía otra cosa. Le decía que prestara atención.

Dejó el café sobre la mesa y se acercó al televisor, como si la distancia pudiera revelar algo más. Observó al presidente con una concentración nueva, como si lo viera por primera vez. Y cuanto más lo miraba, más cosas empezaban a molestarle, pequeñas cosas que no habría notado si no estuviera buscándolas.

La forma de hablar, por ejemplo. Vidal siempre había tenido un ritmo particular, una manera de hacer pausas dramáticas en mitad de las frases, un tono grave que subía y bajaba como el de un actor de teatro. Era parte de su encanto, parte de por qué la gente lo había votado. Pero el hombre de esta noche hablaba de otra forma. Más plano. Más cuidadoso. Como si estuviera leyendo un texto que no había escrito, midiendo cada palabra para no cometer un error.

Y había algo más. Una palabra.

En mitad del discurso, el presidente dijo: "Debemos ser prudentes en estos tiempos aciagos". Aciagos. Daniela frunció el ceño. Era una palabra culta, casi literaria, que significaba desgraciados o funestos. No era una palabra que Vidal usara jamás. El presidente era conocido, precisamente, por su lenguaje sencillo y directo, por hablar "como el pueblo", como le gustaba decir. Nunca en su vida lo había oído usar una palabra como "aciago". Era el tipo de detalle que solo notaría alguien que hubiera transcrito, palabra por palabra, decenas de sus discursos. Alguien como ella.

Cuando el discurso terminó y la pantalla volvió al estudio de televisión, donde los analistas comenzaron a repetir los mismos comentarios de siempre, Daniela seguía sentada frente al televisor, inmóvil, con una sensación extraña en el estómago.

Tomó su teléfono y buscó en internet la grabación del discurso. La reprodujo otra vez, con el volumen alto, prestando atención a cada gesto y a cada palabra. Volvió a ver el momento del vaso de agua. La mano izquierda, sin ninguna duda. Volvió a oír la palabra "aciagos", pronunciada con una comodidad que no encajaba con el resto.

Luego buscó discursos antiguos, de hacía un año, de hacía dos. Los comparó. El Vidal de antes gesticulaba más, se movía más, improvisaba, se reía de sus propias bromas. El Vidal de esta noche estaba más quieto, más contenido, más frío. Un buen actor, pensó Daniela, pero un actor al fin y al cabo.

Amplió una imagen del discurso reciente y la puso junto a una fotografía antigua. Estudió el rostro del presidente centímetro a centímetro, como un médico examina una radiografía. Los rasgos eran los mismos: la nariz recta, las cejas espesas, la frente amplia. Si había una diferencia, era imposible señalarla con seguridad. Y sin embargo, había algo. Una expresión. Una manera de mirar. Los ojos del Vidal reciente parecían más vigilantes, más tensos, como los de alguien que teme ser descubierto.

Entonces recordó algo, y el corazón le dio un vuelco. Buscó frenéticamente entre las imágenes antiguas hasta encontrar un primer plano del presidente de hacía tres años. Ahí estaba: una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda, un recuerdo, según había contado el propio Vidal en una entrevista, de una caída de niño. Una cicatriz que salía en todas las fotos cercanas, un detalle tan

suyo como su firma.

Volvió al discurso de esa noche y buscó un primer plano. Tardó en encontrarlo, porque las cámaras oficiales evitaban los acercamientos, algo que ahora le pareció sospechoso en sí mismo. Pero al fin dio con un fotograma nítido del rostro presidencial.

La cicatriz no estaba.

Daniela se quedó mirando la pantalla, con la boca seca. Una cicatriz no desaparece. La piel puede envejecer, arrugarse, broncearse, pero una cicatriz de infancia no se borra sola en tres años. El maquillaje podía disimularla, se dijo, tratando de mantener la calma. Los maquilladores de televisión hacen milagros. Había mil explicaciones inocentes. Pero las explicaciones inocentes empezaban a acumularse de una forma que ya no parecía inocente.

Se dio cuenta de que estaba temblando ligeramente, y no supo si era por el frío del departamento o por la idea absurda que empezaba a formarse en su mente. Una idea tan ridícula que le daba vergüenza pensarla siquiera.

¿Y si ese hombre no era Armando Vidal?

Se rio de sí misma en voz alta, sola en el departamento. Era una locura. Una fantasía de novela barata. Los presidentes no se cambian como si fueran actores de una obra de teatro. Había miles de personas alrededor del presidente cada día: guardaespaldas, asesores, ministros, periodistas, su propia familia. Era imposible engañar a todos. La idea era, sencillamente, absurda.

Y sin embargo.

Y sin embargo, no podía dejar de pensar en la mano izquierda. En la palabra "aciagos". En el ritmo distinto de la voz. En la quietud

extraña de aquel hombre.

Daniela Fuentes había construido su carrera sobre una regla simple: cuando algo no encaja, hay una razón. A veces la razón es inocente, un malentendido, una coincidencia. Pero a veces, detrás de un pequeño detalle que no encaja, se esconde una historia enorme que alguien ha trabajado mucho por ocultar. Y su instinto le decía, con una insistencia que no podía ignorar, que esta era del segundo tipo.

Buscó un cuaderno nuevo en el cajón de su escritorio, uno de esos cuadernos baratos de tapa negra que compraba por docenas. En la primera página, con letra firme, escribió una sola pregunta:

"¿Quién es el hombre que gobierna San Cristóbal?"

Debajo, empezó una lista con los detalles que había reunido en apenas una hora. La mano izquierda. La palabra "aciagos". El ritmo distinto de la voz. La quietud extraña. La cicatriz ausente. Cinco puntos. No era gran cosa, se dijo. Ningún tribunal, ningún editor, ninguna persona razonable aceptaría cinco puntos como prueba de algo tan monstruoso. Cualquiera de ellos tenía una explicación posible por separado.

Pero juntos formaban un patrón. Y Daniela había aprendido, a lo largo de los años, que los patrones importaban más que los hechos aislados. Un hecho raro es una casualidad. Cinco hechos raros que apuntan en la misma dirección son una historia.

La miró un largo rato. Luego cerró el cuaderno, apagó las luces y se fue a la cama. Pero no durmió. Se quedó mirando el techo en la oscuridad, mientras la ciudad seguía viva al otro lado de la ventana, y sintió, por primera vez en muchos años, la vieja emoción del periodista que ha oído una historia. Una emoción mezclada, esta

vez, con algo parecido al miedo.

Pensó en lo que significaría, si fuera cierto. Un impostor en el Palacio de Gobierno significaba que alguien, en algún lugar, había tenido el poder y los recursos para hacer desaparecer a un presidente y reemplazarlo. No un delincuente común, sino una organización con dinero, con contactos, con acceso a los círculos más altos del poder. Gente capaz de controlar la seguridad presidencial, los medios oficiales, quizás el ejército. Gente para quien la vida de una periodista molesta no valdría absolutamente nada.

Debería olvidarlo, pensó. Debería reírse de sí misma por la mañana, tirar el cuaderno a la basura y volver a sus reportajes de siempre sobre presupuestos y corrupción de baja intensidad. Era lo sensato. Era lo seguro.

En ese momento, su teléfono vibró sobre la mesa de noche. Un mensaje de un número desconocido. Daniela lo miró con el ceño fruncido; a esa hora, casi nunca eran buenas noticias. Lo abrió. El mensaje contenía una sola línea, sin firma:

"Deja de ver discursos viejos, Daniela. No todos los que miran duermen tranquilos."

Se incorporó de golpe, con el corazón acelerado. Leyó el mensaje tres veces, como si las palabras pudieran cambiar. ¿Cómo sabía alguien lo que ella había estado haciendo esa noche, sola, en su departamento? Había buscado los discursos en internet, sí, pero eso lo hacían miles de personas. A menos que alguien estuviera vigilando específicamente quién los buscaba. A menos que alguien estuviera vigilándola a ella.

Corrió a la ventana y miró hacia la calle. Estaba vacía, tranquila, iluminada por las farolas amarillas. Un auto pasó despacio y se perdió en la esquina. Nada fuera de lo normal. Y sin embargo, la sensación de ser observada se le clavó en la nuca como una aguja fría.

Volvió a mirar el teléfono. Intentó responder, pero el mensaje ya no se podía entregar: el número había desaparecido, como si nunca hubiera existido.

Cualquier duda que le quedara se disolvió en ese instante. Nadie amenaza a quien no representa una amenaza. Aquel mensaje no era el final de su investigación. Era la confirmación de que valía la pena empezarla.

Pero Daniela Fuentes nunca había sido sensata cuando se trataba de la verdad. Era su virtud y era su defecto, la razón por la que era buena en su trabajo y la razón por la que estaba sola a los treinta y ocho años, sin pareja, sin hijos, con un departamento vacío y un cuaderno lleno de preguntas peligrosas.

Porque si estaba en lo cierto, si aquella idea imposible resultaba ser verdad, entonces se enfrentaba a algo mucho más grande y mucho más peligroso que cualquier reportaje que hubiera hecho en su vida. Y no tenía ni la menor idea de en qué se estaba metiendo.

Afuera, sobre los tejados de la capital, la bandera del Palacio de Gobierno ondeaba en la noche, iluminada por reflectores. Bajo esa misma bandera dormía, o fingía dormir, el hombre cuyo rostro Daniela había decidido, sin saberlo aún, desenmascarar. Y en algún lugar de la ciudad, o del país, o del mundo, el verdadero Armando Vidal esperaba, si es que todavía respiraba, a que alguien se hiciera la pregunta correcta.

Esa noche, Daniela se la había hecho.

Glosario

el atril	the lectern <i>De pie tras el atril del Palacio de Gobierno.</i>
hueco/a	empty, hollow <i>Palabras grandes y huecas.</i>
diestro/a	right-handed <i>Armando Vidal era diestro.</i>
enderezarse	to sit up straight <i>Daniela se enderezó en el sofá.</i>
afilarse	to sharpen <i>Un instinto afilado como un cuchillo.</i>
aciago/a	fateful, ill-fated <i>Estos tiempos aciagos.</i>
funesto/a	dire, disastrous <i>Significaba desgraciados o funestos.</i>
transcribir	to transcribe <i>Alguien que hubiera transcrito sus discursos.</i>
gesticular	to gesture <i>El Vidal de antes gesticulaba más.</i>
al fin y al cabo	after all <i>Un actor, al fin y al cabo.</i>
encajar	to fit <i>Cuando algo no encaja, hay una razón.</i>
meterse (en algo)	to get into (something) <i>En qué se estaba metiendo.</i>

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué detalle nota Daniela mientras el presidente bebe agua?
2. ¿Por qué le llama la atención ese gesto?
3. ¿Qué tiene de raro la palabra “aciagos” en boca del presidente?
4. ¿Qué diferencias nota Daniela al comparar discursos antiguos y el actual?
5. ¿Qué idea absurda empieza a formarse en su mente?
6. ¿Qué escribe Daniela en la primera página de su cuaderno nuevo?

Para el docente / estudiante. *Este capítulo establece el enigma central y a la protagonista. Practica el contraste pretérito/imperfecto en la narración y el vocabulario del periodismo, la observación y la duda.*